







SERVICIO DE TRENES POR LA LINEA DE SEGOVIA

Trenes descendentes

Trenes ascendentes

Table with columns for ESTACIONES, 19, 11, 10.001, 2.027, 2.029, 2.033, 2.035, 33, 93, 95, ESTACIONES, 20, 10.002, 12, 2.032, 2.036, 2.040, 32, 86, 90, 92, 94. It lists train schedules and arrival/departure times for various stations.

NOTA. Los trenes números 2.033 y 2.040 son discrecionales y circulan sólo los domingos y los días 25 de Julio y 15 de Agosto. En el tren número 19, a su salida de Madrid, habrá que abonar un recorrido mínimo de cien kilómetros.

Interesa a todos Doctor J. Campos MEDICO ORTOPEDICO Augusto Figueroa, número 8.-MADRID SECCION DE ORTOPEDIA HERNIAS, Vientres voluminosos, Descensos de la matriz.

VINOS QUE SE VUELVEN o están expuestos a sufrir alguna alteración de las que hacen disminuir el valor de estos caldos, se corrigen con el VINICONSERVADOR producto enológico preparado con materias químicamente y en proporciones exactas a las que tolera la ley.

I AGRICULTORES! Últimas publicaciones Editadas en el mes de Junio de 1929. Antón Oneca.—Derecho penal. (De las contestaciones de ayudantes de Prisiones), 8 pesetas.

MERCADOS Cotizan: SEGOVIA Trigo, a 83-84 reales la fanega de 94 libras. Centeno, a 60 id., las 90 libras. Cebada, a 40 id., las 70 id.

URANIA La marca suprema CAMPEON MUNDIAL DE RESISTENCIA Agencia exclusiva para Segovia y su provincia Viuda de J. Rovira E. TAMAYO.—Cervantes, 30, pral. BARCELONA TELEFONO NUMERO 43

Representación del tiro nacional VALLADOLID Escuela militar de reclutas de cuota Escuelas. Sucursales en Cuéllar, Peñafiel y Olmedo. Principio de curso el 1.º de Septiembre, Matriculación, antes del 25 de Agosto.

452 FOLLETON DE «EL ADELANTADO» El Diablo en Palacio NOVELA HISTORICA ORIGINAL DE DON RAMON ORTEGA Y FRIAS Autorizada la reproducción por la Editorial Castro

—Del convento salió la hija de don Juan, yo la vi entrar en el coche y alejarse entre los soldados que debían escoltarla. —Todo eso es muy cierto. —Si después en el camino... —No he recibido más noticias. —Pero si vuestra majestad abriga temores... —Tampoco. —No comprendo, señor. —Doña Ana, la alegría os trastorna. —Tal vez. —Os he manifestado el deseo de que me digáis lo que en el convento sucedió, y si me complacéis, os lo agradeceré.

—¿Qué ha de ser sino lo que ha sucedido y está sucediendo? Si no hemos perdido la razón, si no soñamos, es preciso creer que en este negocio anda el mismo Satanás. —Señor... —Tranquilizaos, que todo tiene fin, y este enredo ha de tenerlo también. La dama quedó inmóvil y silenciosa. Miró al ministro, que inmóvil permanecía también y sin que nada expresase su semblante. Felipe II desplegó una leve sonrisa. Lo que sus sonrisas significaban, lo sabemos ya. Algunos minutos pasaron. —¿Nada más tenéis que decirme?—preguntó al fin el monarca. —Nada más, señor; pero... —Veamos si vuestra inteligencia es más clara que la mía, y más clara también que la del señor Antonio Pérez, pues ninguno de los dos hemos podido descifrar el enigma, y después, si es que entendéis, podréis ir a Santo Domingo para hablar con la superiora, y con los otros y... —¡Con los otros!—repitió la dama con tono de profunda sorpresa. —Eso he dicho. —Mal principian las explicaciones, porque me confunden. —Anoche estuvisteis en el convento, visteis salir a la hija de don Juan sin que se presentara el paje. —Puedo aseguraros, puesto que no me sucede lo que a vuestra majestad, y segura estoy de que no duermo ni he perdido la razón. —Hoy venís a decirme que hemos triunfado, venís para que nos gocemos con el triunfo, y yo, por si alguna duda os queda... —Ninguna.

—Sin embargo, os daré la prueba de que por esta vez hemos conseguido burlarnos del diablo y de su capa. Y al decir esto Felipe II, entregó a doña Ana de Mendoza la carta de la abadesa y la de la educanda. La ilustre viuda miró aquellos papeles, vió la firma del paje y exhaló un grito de rabia. Mortal palidez cubrió su rostro. Fulgor siniestro se escapó de sus pupilas. Temblaron sus manos y sus labios se contrajeron violentamente. Leyó una y otra vez. —¡Oh!—exclamó al fin con voz entrecortada. —¿Comprendéis ahora?—preguntó el rey con una calma que en aquellos momentos era espantosa. —Esto es incomprendible. —Pero la hija de don Juan... —No lo sé, no lo sé—replicó la viuda con voz que indicaba su creciente arrebató. —La visteis salir del convento. —También la vió la superiora, y en esta carta lo afirma; y si yo soñaba, ella debió soñar también y cuantos se encontraban allí; y como también sueña vuestra majestad y el señor Antonio Pérez, será preciso reconocer que nadie está despierto más que el maldito paje. —No se presentó... —Señor, no lo entiendo, no lo entiendo. —Pero si es verdad que se burlan de nosotros... —La hija de don Juan está camino de Burgos; así debemos suponerlo, puesto que no sabemos otra cosa. —¿Y bien?... —Ha desaparecido esa otra educanda... ¿Qué nos importa?